

CAPÍTULO VI.

LOS REBELDES QUIEREN IR A LA ESPAÑOLA, A IMITACION DE DIEGO MÉNDEZ.—TRES VECES INTENTAN ATRAVESAR EL PASO, Y OTRAS TANTAS LES RECHAZA EL MAR.—DEVASTAN LAS HABITACIONES DE LOS INDÍGENAS Y LES EXCITAN CONTRA EL ALMIRANTE.—LOS INDIOS SE PROPONEN HACER MORIR DE HAMBRE A LOS EXTRANJEROS ENCERRADOS EN LAS DOS NAVES VARADAS.—CESAN DE TRAERLES VIVERES.—ANSIEDAD DEL ALMIRANTE.—INMINENCIA DEL HAMBRE.—DIRÍGESE A DIOS QUE LE INSPIRA LA IDEA DE UTILIZAR EL PRÓXIMO ECLIPSE DE LUNA.—RECTIFICACION DE ESTA ANÉCDOTA.—LA CONSPIRACION DE LOS ENFERMOS.—UN EMISARIO DE OVANDO VA A ESPIAR EL ESTADO DE COLON Y DE SUS TRIPULACIONES.—TRÁELES POR ÚNICO ABASTECIMIENTO UNA MITAD DE TOCINO SALADO Y UN BARRIL DE VINO.

§ I.

Francisco de Porras, acompañado de su partida, siguió el derrotero que había tomado Diego Méndez. Á su paso saqueaban y maltrataban á los indios, diciéndoles que fueran á cobrar del Almirante; que le mataran, si se negaba á pagarles, asegurándoles que este era el único medio que les quedaba para librarse de él, porque su proyecto era exterminarles á todos, como ya lo había hecho en otras partes. Luégo que hubieron los rebeldes llegado al cabo Aomaquique, llenaron los botes de víveres, agua y mercancías; tomaron remeros indios, y partieron para la Española.

Sin embargo, no bien hubieron andado cuatro leguas, comenzaron á hincharse las olas, el viento se les volvió contrario, y desmayó su audacia. Quisieron volver á tierra; pero el agua entraba en los botes y amenazaba sumergirles. Para aligerar las embarcaciones, echaron al mar primero su pacotilla, despues sus vestidos, quedándose sólo con sus armas y sus provisiones. Como el tiempo empeoraba de cada vez más y más, resolvieron desembarazarse de parte de los remeros, á fin de aligerar algun tanto los botes, y mataron á puñaladas á algunos de aquellos des-

graciados (1). Varios indios al verlo, se arrojaron espontáneamente al mar, fiados en su costumbre de nadar; pero después de haberse sostenido algún tiempo en el agua, les llevaba el cansancio junto á los botes; pedían solamente la gracia de apoyar en ellos una mano para reposar un poco; «pero muy lejos de hacerles aquella caridad, les cortaban las manos con sus espadas (2).» Los rebeldes llegaron finalmente á la playa.

Ya en tierra, deliberaron acerca del partido que debían adoptar: estos querían ir á Cuba, y desde allí pasar á la Española; aquellos querían volver á las carabelas, y llevarse de ellas todo lo que aún quedaba en las mismas de armas y mercancías; los otros, que no habían seguido á los rebeldes sino en el último momento, proponían entrar otra vez bajo la obediencia del Almirante: la mayoría resolvió probar de nuevo ir á la Española, escogiendo al efecto un tiempo más bonancible.

Por espacio de mes y medio esperaron un mar favorable.

Durante este tiempo saqueaban el país. Finalmente, juzgando propicio el momento, se embarcaron en sus botes; pero luego que se hubieron alejado de la costa, se hincharon otra vez las olas, y les costó mucho trabajo volver al punto de partida.

Al cabo de algún tiempo, tomando por una invitación la aparente calma del mar, embarcáronse otra vez en sus botes, decididos á atravesar aquel pasaje tan difícil; pero otra vez también la furia de las olas obligó á retroceder á los culpables. Á pesar de sus esfuerzos, no pudieron pasar más allá del punto á donde habían llegado la primera vez, y se tuvieron por muy dichosos con poder llegar á tierra (3). Renunciando desde entonces á su intento que les pareció quimérico, y no dudando que Diego Méndez y Fieschi habían perecido en su tentativa (4), abandonaron los botes, y empezaron á recorrer la isla como verdaderos bandidos, yendo de una habitación á otra, despojando y violentando á los indígenas.

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cii.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. vi.

(3) «Si stettero in quella populatione di Aomaquique piu di un mese, aspettando il tempo e distruggendo il paese. Poi, veunta la calma tornarono ad imbarcarsi due altre volte; ma non fecero nulla per havere i venti contrarii Per la qual cosa essendo disperati..., etc.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cii.

(4) El Padre Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, lib. IV, pág. 251.

§ II.

La prudencia del Almirante mantenía buenas relaciones con los indios, quienes le traían víveres en abundancia. Con todo poco á poco se mostraron estos más exigentes en los cambios. Ora cedieran á las excitaciones de los rebeldes, ora las deprecaciones de estos cometidas en los demás puntos de la isla, hubiesen cambiado sus disposiciones, cesaron de repente de mandar víveres á las carabelas. Esta interrupción de relaciones con los naturales, excitó grande inquietud. Era imposible internarse en tierra para llevar provisiones á viva fuerza, dejando expuestos en las carabelas al Almirante y los convalecientes. Por otra parte, los víveres estaban casi todos agotados: el hambre inminente se agregaba á todas las desdichas de aquella navegación, sin que se hallase medio alguno para salvar aquella vez á los naufragos.

En tan horrible situación, siendo Cristóbal Colon el único que conservaba todavía alguna esperanza, invocó al Señor su dueño; y como siempre no fué en vano.

Con motivo de esta carestía ocurrió la predicción del eclipse tan sabida de los niños, y que diversos escritores han modificado, hasta el punto de convertirla en digna pareja del cuento del huevo roto por uno de sus extremos encima de una mesa; y sin embargo, entre las dos anécdotas existe toda la diferencia que media de la fábula á la verdad. La historia del huevo es un cuento, y el cuento del eclipse predicho es una historia. Estamos muy lejos de negar la realidad de la predicción astronómica, solamente debemos rectificar ciertos accesorios, y sobre todo las palabras atribuidas á Colon en dicha circunstancia.

Háse dicho con harta ligereza que habiendo el Almirante calculado un eclipse, había convocado á los indios bajo el pretexto de presenciar un espectáculo, y que les había dicho que su Dios estaba irritado contra ellos, porque le negaban víveres; que dentro de tres días, verían la luna enrojecerse y ennegrecerse á su salida en señal de los castigos que caerían sobre ellos; y que en el momento del eclipse, espantados los indios, habían suplicado al Almirante que calmara á su Dios, prometiendo que en adelante le proveerían de víveres; que entonces, habiéndose Colon encerrado con astucia, había aparentado hablar á su Dios, y les había anunciado, poco antes de terminar el eclipse, que había obtenido su perdón. Esta grosera truhanería, verdadero juego de escamoteo religioso, indigna manera de explotar la credulidad de los salvajes y de poner en juego el nombre del Señor, nos parece absolutamente incompatible con el carácter de Colon.

Y primeramente, obsérvese bien: las palabras que los escritores han atribuido á Colon no son en manera alguna textuales, ni pudieron serlo.

Los contemporáneos, Fernando Colon, Diego Méndez, Oviedo, Las Casas, no recogieron las propias palabras del Almirante. Fernando Colon, único testigo ocular, que entónces apénas contaba quince años de edad, no había tomado apuntes, y escribió estos pormenores más de veinte y nueve años despues del acontecimiento. Es evidente que pudo olvidar las propias palabras que empleó su padre. Diego Méndez se hallaba entónces ausente, y hasta el cabo de treinta y dos años no escribió eso que sabia de oídas. Oviedo no tuvo conocimiento de ese hecho sino por vía indirecta. Sabido es que se informaba de muy buena gana de los enemigos de Colon; por otra parte no recogió sus apuntes hasta más de veinticinco años despues de pasado el acontecimiento; y Las Casas que escribía aún á la edad de ochenta y cuatro años su Historia de las Indias, no la terminó hasta cincuenta y tres años despues de la muerte del Almirante. Resulta pues claro que ni unos ni otros sacaron directamente de su verdadero origen las palabras que ponen en boca de Colon; y que entre todas las versiones merecê tambien la preferencia la de Fernando, testigo ocular. Pero para nosotros es una cosa demostrada que los traductores del texto de Fernando, que se ha perdido, dejaron escapar alguna inexactitud en su version. En el fondo, parécenos digna de crédito la relacion de los cuatro escritores contemporáneos, en cuanto á lo relativo al hecho principal. Todos están de acuerdo acerca de él, y no parecen andar errados sino en atribuir á Colon un papel y lenguaje antipáticos á su naturaleza; pero esto se explica por la distancia que separa el suceso de su redaccion. Cuando los historiadores han referido como una ingeniosa novedad ese recurso astronómico, á fin de mostrarnos el talento inventivo de Colon, le han atribuido con la mayor buena fe el lenguaje que ellos hubieran usado hallándose en su lugar; lo que creían conveniente en su situacion. Le han atribuido benévolamente su propio talento: esto es evidente.

Restablezcamos finalmente las circunstancias de ese acontecimiento, y restitu-yámosle su verdadera fisonomía.

Cuando, por la intermediacion de Diego Méndez, hizo Cristóbal Colon con los Caciques de las cercanías de Santa Gloria un tratado, para el abastecimiento de las carabelas á precios fijos y corrientes, dijoles, primeramente, que Dios su Señor le había hecho llegar á aquel sitio, donde permanecería hasta que tuviera á bien sacarle de allí. Presentóse, pues, á ellos, segun su verdadero carácter, como el huésped de la Providencia, y dió á las tripulaciones la consigna de permanecer á bordo, únicamente para preservar á los ribereños hospitalarios de las codicias de sus marineros. Cuando, á pesar de las precauciones de su vigilancia, violando los indigenas su promesa, querían matar de hambre á los náufragos, no vió Colon ningun remedio humano para librarse del hambre, invocó el auxilio de Dios.

En lugar de socorrerle el Altísimo con un milagro material como lo hubiera hecho para un patriarca ó un profeta de la Ley antigua, y enviarle maná ó codornices, le asistió inspirándole una idea. Socorrió á su siervo con un conocimiento científico, dependiente de la arquitectura celeste. Inspiróle (1) un medio que no se había empleado jamas desde el comienzo de la historia sabida, y en el que no habría pensado nunca por sí mismo el Almirante. Dios le recordó que dentro de tres días habría un eclipse de luna. De esta manera la luna, aquella señal por la que Diego Méndez se había preservado de una horrible muerte por la sed, debía salvar del hambre á Cristóbal Colon. Cada vez que este en sus aflicciones se ponía á orar suplicando al Señor que le socorriera, se le ocurría la idea del eclipse; con lo que conoció Colon que debía sacar su salvacion de ese eclipse. Dios le indicó sencillamente el asunto; su talento le suministró el modo de fecundarlo.

Ideó el Almirante utilizar aquel fenómeno de modo que le asegurara viveres, y mostrara á los indigenas la superioridad del Dios de los cristianos sobre sus Zemés. Envió un intérprete de Haiti á los Caciques invitándoles á un grande espectáculo que dentro de tres días darian los extranjeros. Conforme lo había previsto, acudieron en tropel. Rependióles entónces su falta de fe y crueldad. Recordóles que era su huésped por la voluntad de Dios su Señor. Dijoles que aquel Dios que había permitido á sus enviados que llegaran felizmente á Haiti, había, al contrario, enfurecido el mar y rechazado las tentativas de los rebeldes que se habían separado de él (2). Añadió que Dios su Señor sabia su proyecto de hacer morir de hambre á los extranjeros, á pesar de los contratos celebrados entre ellos para el abastecimiento de las carabelas; y que de seguro Aquél que recompensa á los buenos y castiga á los malos estaba irritado por su falta de buena fe y humanidad. Y para probarles la superioridad de los servidores de su Dios sobre sus Zemés, les anunciaba lo que ignoraban los bohutis, lo que no sabían sus Zemés: que aquella misma noche (3), al salir la luna, verían muy pronto enrojecerse el astro á pesar de la serenidad del cielo, despues oscurecerse y negarles la luz.

Al oír esto, algunos tuvieron miedo, pero los demas se fueron riendo y burlándose (4).

Llegada la noche, el color de sangre de la luna quebrantó el ánimo de los más valientes. Luégo que vieron oscurecerse su disco, lanzaron gritos de terror y acu-

(1) «Percioche Dio mai abbandona coluir, che gli si raccomanda, come facea l' Ammiraglio, lo avverti del modo che dovea ottenere per provvedersi del tutto.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cii.

(2) El Padre Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, liv. IV, p. 251.

(3) Colon conocía demasiado la versatilidad de ánimo de los salvajes para anunciarles el eclipse con tres días de anticipacion, como lo escribieron la mayor parte de los historiadores. No hizo su prediccion hasta el mismo día, y pocas horas ántes de tener lugar el fenómeno.

(4) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. ciii.